

XII CERTAMEN LITERARIO

RELACIÓN DE GANADORES

EDUCACIÓN INFANTIL

5 Años. MAYRA RIVERA GUAMÁN:
"El castillo desaparecido"

EDUCACIÓN PRIMARIA

1º Curso. MARCUS SOLIZ HURTADO:
"El príncipe valiente"

2º Curso. CRISTINA ALARCÓN HERRERO:
"El gato de la chistera"

3º Curso. CONSUELO SORIANO RODRÍGUEZ:
"La ciudad sin colores"

4º Curso. DOMÉNICA ANDRADE FERNÁNDEZ:
"Elena y el colgante"

5º Curso. LILIBETH VICENTE FLORES:
"Marí y sus poderes"

6º Curso. PEDRO DANIEL GONZÁLEZ GÓMEZ:
"Los pantalones mágicos"

EDUCACIÓN SECUNDARIA

1º Curso. LORENA IBÁÑEZ MONREAL:
"La mejor amiga de Laura"

2º Curso. SARAY FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ:
"Perdidos en Nueva York"

3º Curso. JUAN JOSÉ SORIANO OLIVARES:
"El profesor Henry"

4º Curso. BERNARDO SIMÓN FÉREZ:
"Ésta es mi vida y éste soy yo"

EL CASTILLO DESAPARECIDO

Había una vez un castillo precioso, que estaba encima de una montaña. Todo el pueblo estaba orgullosos de su castillo.

Una mañana los habitantes de Jumilla se quedaron sorprendidos al ver que no estaba, había desaparecido.

Los Jumillanos comenzaron a buscarlo por todos los lados, de pronto una niña llamada Mayra dijo:

- ¡Está ahí abajo!

Todos miraron y vieron que el castillo se había caído de la montaña. ¿Qué haremos ahora? Entonces Mayra tuvo una idea:

- ¡Llamaremos a una grúa! Y todos dijeron ¡Vale!

La grúa llegó y al castillo elevó. Todos se pusieron muy contentos.

Colorín, coloradón, este cuento se acabó.

Autora: Mayra Rivera Guamán

Educación Infantil 5 años



El Príncipe Valiente

Un día, en un castillo muy que muy lejano, el rey Edíl perdió su bonita corona.

El rey estaba muy triste y decidió llamar a un fiel y valiente caballero llamado Marcus.

Marcus era alto, moreno, con gafas, muy fuerte y muy valiente.

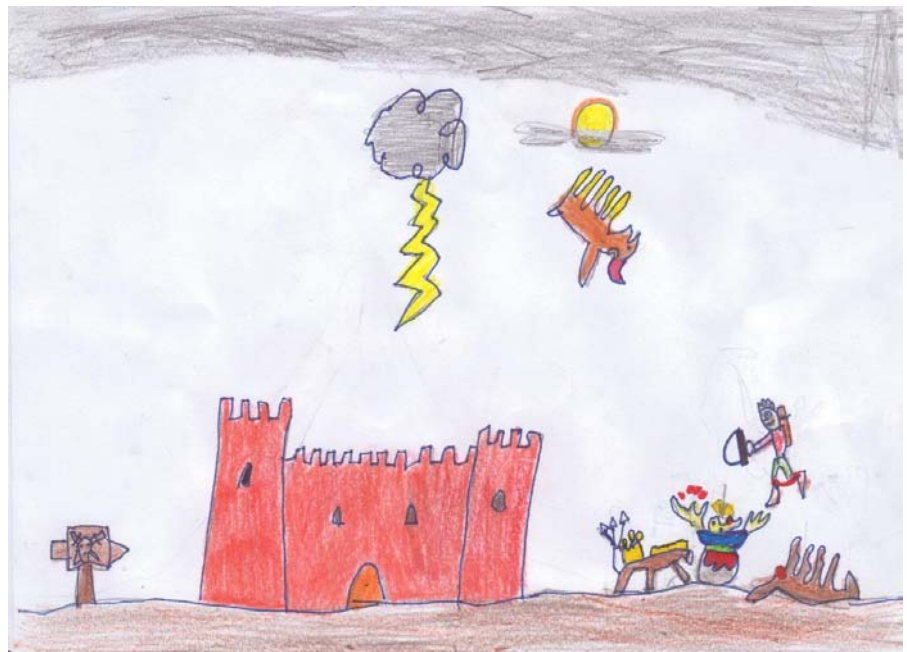
Marcus fue a un castillo tenebroso donde vivía una bruja que escondía la corona del rey

en el sótano de su castillo. El caballero Marcus luchó con la bruja hasta que la mató, encontró la corona del rey y se la llevó a su castillo.

El rey como premio lo nombró príncipe y le regaló una espada y una armadura.

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

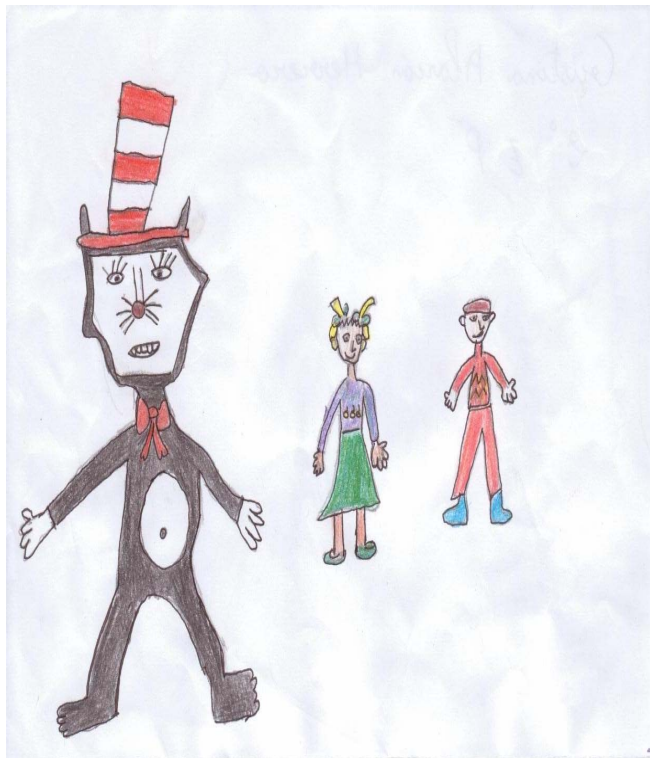
Autor: Marcus Solíz Hurtado
1º Curso de Primaria



EL GATO DE LA CHISTERA

Había una vez una niña y un niño que se llamaban María y Jorge. Tenían un gato que se llamaba Conral.

Su mamá un día se fue a trabajar y los niños se quedaron con la niñera y su gato. La niñera estaba muy cansada y se durmió un momento. Entonces el niño y la niña se subieron a la planta de arriba y vieron al gato que escapó por la ventana y fue corriendo por los tejados.



El gato bajó a la calle y los niños se fueron detrás de él. El gato entró en una tienda de sombreros y se escondió debajo de una chistera. Pero en la tienda había un mago y ese mago compró esa chistera y se la llevó con el gato.

Los niños no se dieron cuenta y se pusieron tristes porque no encontraron a su gato. Hasta que un día fueron a ver a un mago y ¡caramba!, ahí estaba su gato saliendo de la chistera del mago.

Los niños se pusieron muy contentos ya que sabían que su gato estaba bien.

Y colorín, colorado, este cuento ya ha terminado.

Autora: Cristina Alarcón Herrero
2º Curso de Primaria

La ciudad sin colores

Érase una vez una ciudad en blanco y negro. David, un niño que vivía en ella estaba paseándose por un bosque, cuando vio un árbol con pasteles. Llamó a toda la gente del pueblo para ver aquello.

Su amiga Paca trajo una escalera y apretó un pastelito; de ellos, ¡salían colores! Rosa, azul, amarillo... David tuvo una gran idea, llevar los pasteles a la ciudad para que estuviera más bonita y alegre.



Al poco tiempo, David y Paca junto con los demás habitantes del pueblo fueron dando color a todas las casas, árboles, flores, animales, coches, señales...

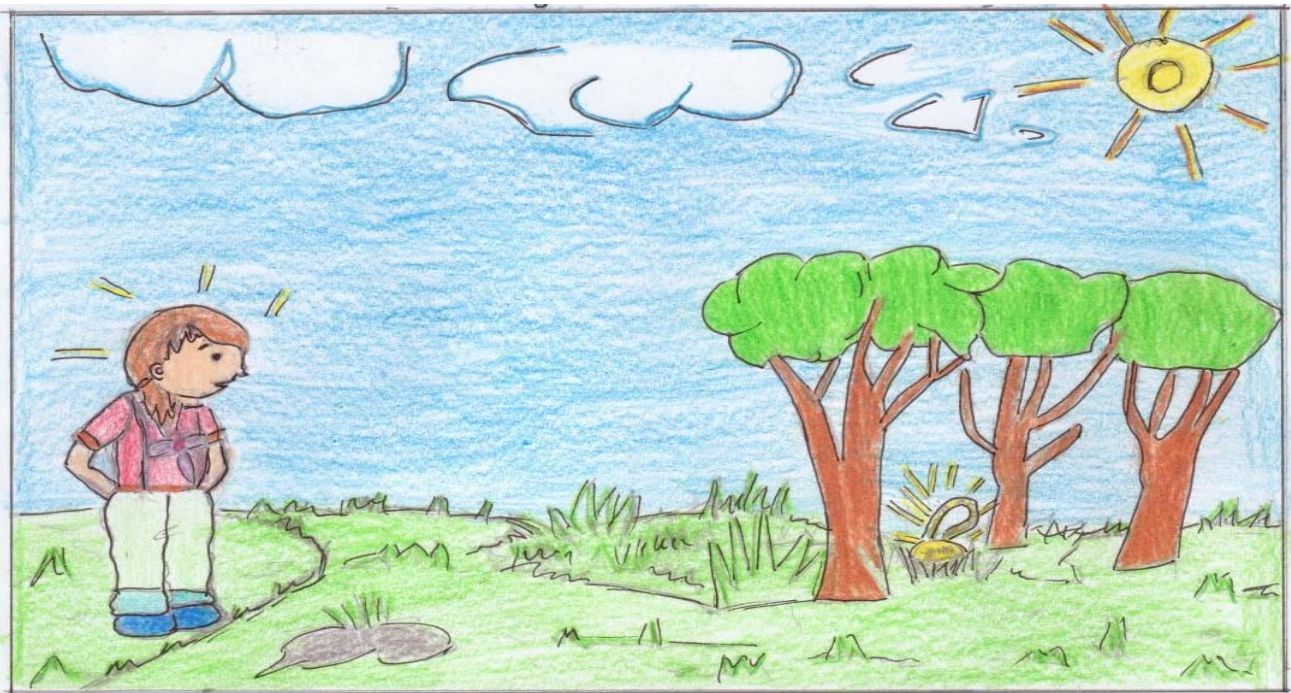
Cuando el trabajo estuvo terminado, celebraron una gran fiesta llena de diversión, alegría y muchos, muchos colores.

Autora: Consuelo Soriano Rodríguez
3º Curso de Primaria

Elena y el colgante

Había una vez una niña llamada Elena. Era alta, rubia y de ojos azules. Elena vivía con sus padres en una granja a las afueras de la ciudad de New York.

Un día que Elena ayudaba a sus padres, vio una extraña luz cerca de la granja. Elena la siguió y sin darse cuenta se metió en el bosque. Cuando llegó al lugar desde donde venía la luz, se dio



cuenta que era solo un destello producido por el sol. Quiso volver a su casa, pero no encontraba el camino, estaba perdida. La niña se puso triste y se sentó a llorar. Alguien la tocó y cuando alzó la mirada comprobó que eran sus padres, quienes muy preocupados habían salido a buscarla.

Elena dijo: -¡Papá, mamá!

Pero sus padres la miraban con enfado:

- ¿Qué haces aquí? Estábamos muy preocupados.

- Lo siento mamá- dijo Elena- Te prometo que no volverá a ocurrir.

Volvieron a casa y se acostó muy pronto, pero esa extraña luz no podía quitársela de la mente.

Al día siguiente, de nuevo, volvió a ver la luz. Se escapó por la ventana y fue corriendo al bosque, pero lo único que encontró fue un colgante dorado en el que había escrita la palabra: "Sumer". Elena se lo llevó a casa, y cuando lo abrió, vio un hada bailando y cantando con una dulce voz. Mientras lo miraba entró la madre y la niña escondió rápidamente el colgante.

- ¿Por qué no bajas a desayunar?- le preguntó su madre.

- Ya voy- dijo Elena.

Desayunó y volvió al cuarto. En la mesa de su habitación encontró una nota que decía:

"¡Por favor necesito que me entregues el colgante! Ve a la guarida de las hadas."

La niña cogió un poco de comida y dijo a sus padres:

- ¡Voy a por leña!

Pero les estaba mintiendo y, aunque sabía que no estaba bien, se fue a lo profundo del bosque, buscando, de montaña en montaña, el lugar que estaba escrito en la nota. Cansada, se sentó a descansar cerca de una cascada, se tumbó y cayó en un agujero negro que la llevo a través de un túnel a una cueva subterránea. Allí, se encontró con un hada y le preguntó:

- ¿Cómo te llamas?

- Sumer -respondió el hada.

Elena recordó la inscripción del colgante:

- ¡Ah!, entonces ¿este colgante es tuyo?

- Sí, es mío ¡gracias por todo! Este collar representa el poder de las hadas. Lo había perdido en el bosque, pero gracias a ti lo he recuperado. Sabía que encontrarías el lugar, eres una niña muy lista. Como recompensa te daré un colgante parecido al mío, pero sin poderes.

Elena se puso muy contenta y las dos se hicieron muy amigas. Sumer la llevó a su casa. Después, la niña se despidió del hada y le prometió que volvería a visitarla.

Elena se fue a su casa y al ver a sus padres los abrazó y les contó toda la bonita historia que le había ocurrido. Al principio no la creyeron, pero después sí, cuando les enseñó el bonito colgante.

Así fue como la niña descubrió el significado de esa extraña luz.

Autora: Doménica Andrade Fernández
4º Curso de Primaria

MARI Y SUS PODERES

Había una vez una niña que se llamaba Mari. Era simpática, guapa, de ojos azules, pelo negro y alta.

Un día que salió a pasear por el campo, se encontró con un ciervo y lo persiguió, pero al final se le escapó. Mari se dio cuenta que no recordaba el camino a su casa.

- ¿Pero dónde estoy?- Se dijo a sí misma.

La niña siguió un camino; pasaron unas horas y encontró una casa. Golpeó la puerta y le abrieron.

- Hola niña, ¿quieres algo?- le preguntó una señora.

- No quiero nada, solamente hacerle una pregunta- respondió Mari.

- Entra y me preguntas lo que quieras- le dijo la amable señora.

Mari entró y se sentó.

- ¿Qué querías?- le dijo la señora.

- Solamente le quería preguntar si me podría ayudar a llegar a mi casa- dijo Mari.

- Claro que sí. Te daré un libro de hechizos para que así puedas volver a tu casa sana y salva, pero también obtendrás algunos poderes -le dijo la bruja.



- Muchas gracias por todo, volveré a visitarla -le dijo Mari muy agradecida.

Mari salió de la casa y se despidió de la señora que había resultado ser una bruja.

Como le dijo la señora, Mari llegó a su casa “por arte de magia”. Allí se lo contó todo a sus padres, quienes se asustaron un poco con los poderes que le había dado la bruja:

- Debes llevar mucho cuidado con la forma de utilizar esos poderes- dijo su madre.

- Mamá, estos poderes me los ha dado una bruja buena y con ellos solo podré hacer cosas buenas- respondió la niña intentando tranquilizar a sus padres.

Desde entonces Mari fue siempre a visitar a la señora bruja.

Pescado cocinado, este cuento se ha acabado
y espero que les haya gustado.

Autora: Lilibeth Vicente Flores
5º Curso de Primaria

LOS PANTALONES MÁGICOS

Había una vez una familia de pobres formada por tres miembros: el padre, la madre y el hijo. El hijo se llamaba Juan, el padre Santiago y la madre María.

Santiago trabajaba de obrero en la construcción, pero lo despidieron y ahora, por lo tanto, se encontraba en paro. La única persona que trabajaba de la familia era María, que era costurera; cosía pantalones, camisas, faldas y arreglaba todo tipo de ropa.

Un día María hizo un pantalón muy especial hecho con el hilo más bueno de su país, pero al enseñárselo a su jefa ésta no lo apreció en absoluto y lo tiró a la basura.



Unos días más tardes Juan paseaba por la calle tranquilamente, cuando de repente, una luz cegadora iluminó los pantalones.

Juan se puso muy nervioso y decidió cogerlos. Una vez sujetos, metió la mano en el bolsillo derecho y tuvo tanta suerte que sacó un euro. Sin pensarlo dos veces, metió de nuevo la mano, pero esta vez en el bolsillo izquierdo y para su sorpresa, sacó un billete de diez euros. Sin dudarle, fue corriendo a su casa con los pantalones en la mano para enseñárselos a sus padres.

Al llegar les explicó todo lo que le había sucedido y sus padres, al escucharlo, se quedaron impresionados. María encontró cierto parecido con los que ella misma había

confeccionado, pero pensó que era imposible, ya que su jefa los había tirado a la basura delante de ella.

Santiago quiso comprobar qué de cierto había en lo que acababa de contar su hijo y entonces metió la mano en el bolsillo derecho y sacó un euro. Sorprendidos, María metió la mano en el bolsillo izquierdo y sacó otro billete de diez euros. Después de un rato sacando dinero de los bolsillos, contaron y contaron todo el dinero que habían recogido y pudieron hacer frente a todas sus deudas, comprar alimentos y todo lo necesario para vivir sin pasar penuria.

A partir de este momento, Santiago encontró trabajo, María siguió de costurera y Juan pudo, con ayuda de sus padres, terminar sus estudios y así vivieron felices para siempre.

Autor: Pedro Daniel González Gómez
6º Curso de Primaria

LA MEJOR AMIGA DE LAURA

Había una vez una niña llamada Laura.

Laura tenía quince años; era rubia y muy simpática. No tenía muchos amigos y pasaba mucho tiempo en casa sin salir a ningún lado. Le encantaba el ordenador y se pasaba horas y horas delante de él chateando y jugando. Su madre le decía que chatear era muy peligroso porque podían engañarla. Laura no hacía caso a los regaños de su madre y encendía el ordenador a altas horas de la noche. Se metía en el “Messenger” para hacer nuevos amigos.

Un día conoció a Elisabeth, que tenía un año menos que Laura. Era una chica extranjera y huérfana. Sus padres murieron cuando ella era pequeña y estaba viviendo en una casa de acogida donde le dejaban chatear una hora al día.

Las dos chicas se hicieron muy amigas. Todos los días contactaban y se comunicaban sus problemas e inquietudes. Laura le contaba que no tenía muchos amigos porque su madre siempre estaba encima de ella y sus amigos eran más liberales; les dejaban ir a más sitios y llegar más tarde a casa y, por si eso era poco, no le dejaban ni siquiera tener amigos por Internet. Eli, que era el diminutivo de Elisabeth con el que quería que su nueva amiga la llamase, le contaba lo difícil que era vivir en una casa de acogida con tantas normas y también, que no le dejaban ir a donde ella quería. Pero lo más duro para ella era no tener padres; añoraba y soñaba con tener una familia.

Pasaron meses y las dos amigas seguían contando una con la otra, consolidando así un fuerte vínculo de amistad entre ellas.

Un día, la madre de Laura limpiando su habitación encendió su ordenador y descubrió que se escribía con Eli. Por la tarde, al llegar Laura a casa, se encontró con su madre en la cocina, la cual le reprendió por haber chateado sin decírselo. Laura le contó toda la historia y le explicó lo bien que se llevaban las dos y que se contaban sus problemas.

Laura pidió por favor a su madre que le permitiese seguir escribiéndose con ella. Su madre estuvo de acuerdo, siempre y cuando se lo contase a ella y ella también pudiese conocerla. Así lo hicieron y, pasadas dos semanas, la madre de Laura también confiaba en Eli.

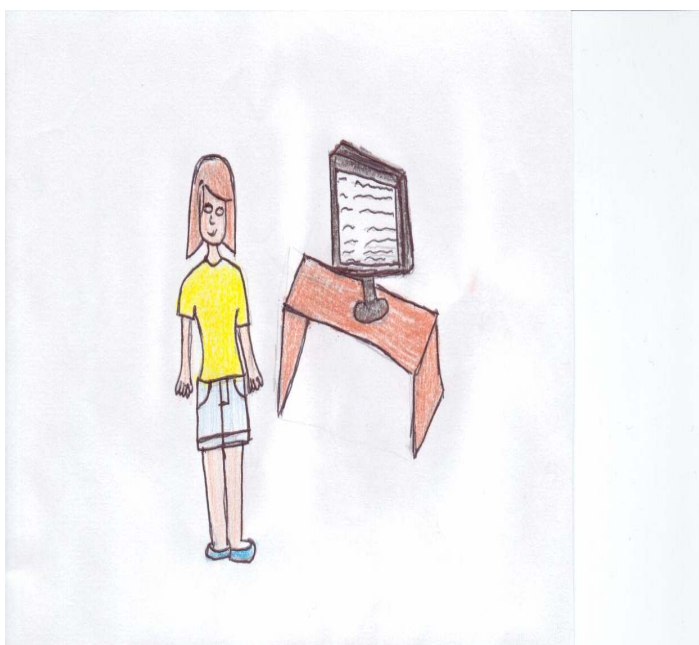
Conforme pasaba el tiempo, Laura deseaba conocer a Eli en persona, aunque a su madre no le entusiasmaba mucho la idea, pues tenían que viajar lejos; pero el entusiasmo de la chica era

tan grande que terminaron por proponérselo a su padre. Las vacaciones de Semana Santa estaban próximas, así que entre todos programarían el viaje a Buenos Aire para conocer a Eli.

Al verse por primera vez, las dos chicas se llevaron una gran sorpresa, ninguna se imaginaban tal y como eran. Se fundieron en un gran abrazo y la madre de Laura comprobó lo que se apreciaban y querían. Los días de vacaciones fueron magníficos, pero la despedida fue muy dura.

Laura estuvo muy callada durante el vuelo de vuelta a España y los días siguientes estuvo muy triste.

Los padres de Laura sufrían con ella al verla así, por eso decidieron algo muy importante con lo que la sorprenderían el día de su cumpleaños.



Cuando llegó el día, Laura se llevó una gran e inesperada sorpresa. Por la mañana sonó el timbre de casa y sus padres le dijeron que abriese la puerta, que era su regalo.

Cuál fue su sorpresa, cuando se encontró a Eli en la puerta. Las dos se abrazaron fuertemente. La madre de Laura terminó uniéndose a ese abrazo, diciéndoles a las dos que las quería mucho y que habían decidido que fuesen hermanas. Laura y Eli se abrazaron a su madre dándoles las gracias por hacerlas tan felices.

Autora: Lorena Ibáñez Monreal
1º Curso de Secundaria

PERDIDOS EN NUEVA YORK

No hace muchos años, en un instituto corriente de Madrid, un grupo de amigos experimentaron un gran cambio en sus vidas.

Era lunes por la mañana y estaban en el instituto. En la clase de primero de bachiller se encontraban nuestros protagonistas. La clase la componían pocos estudiantes, dado que muchos alumnos habían abandonado sus estudios en cursos anteriores.

Mike era un joven estudiante de diecisiete años, al que lo único que en verdad le apasionaba era su grupo de amigos y la música. El grupo estaba formado por Josué, un chico un poco “cabeza loca”; Kevin, el mejor amigo de Mike; Sara, la típica chica que cae mejor a los chicos; David y Alfred. Todos ellos, aparte de compartir amistades, compartían también la misma afición por la música.

Toda la clase estaba preparando el viaje de fin de curso a Nueva York. Un viaje que todos los de la clase esperaban con impaciencia, y que no sería olvidado nunca, sobre todo, por nuestros amigos.

Faltaban dos días para la salida y estarían en Nueva York desde el miércoles hasta el lunes siguiente. Todos estaban impacientes. El lunes por la tarde, el grupo de amigos se dirigía al lugar donde se reunían habitualmente. Estaban entusiasmados, no hacían más que hablar del viaje. Hablaban de las cosas que harían, de cómo se lo pasarían...

Al día siguiente, en el instituto, el entusiasmo invadía el cuerpo de cada uno de los alumnos de 1º de bachiller. Por la tarde prepararían sus maletas y les era imposible concentrarse en la clase cuando estaban tan pendientes de que no se les olvidase nada de lo que querían llevarse: a Mike no le podía faltar en su

maleta su Mp3, pues no viviría sin música; Sara no podía olvidarse de llevarse mucha ropa; Kevin en una de las maletas introdujo su skate, pues suponía que en Nueva York habría rampas que saltar; Josué no podía irse sin su PSP, siempre la llevaba encima; David, aparte de sus maletas, llevaba su mochila, no se deshacía de ella, y Alfred, que siempre llevaba su móvil.

Al día siguiente, a las seis de la mañana estaban en el aeropuerto de Barajas los quince alumnos de primero de bachiller y los dos profesores que les acompañaban. Cuando embarcaron, los seis amigos, que estaban sentados muy cerca unos de otros, comenzaron a hablar durante el viaje. Kevin y Sara contaban chistes mientras David y Josué reían, Alfred jugaba a la PSP de Josué y Mike se introducía en su mundo con su música. El viaje duró muchas horas y fue entretenido a la par que agotador.

Cuando llegaron al hotel ya era la hora de la cena. Todo aquello era fascinante, lleno de luces, gente, coches, ruidos,... cosas a las que no estaban acostumbrados, y que les impidieron conciliar el sueño cuando se acostaron.

A la mañana siguiente, bajaron todos a desayunar. A continuación fueron a explorar Nueva York. Vieron tiendas, calles abarrotadas... Pasaron un día fascinante.

Por la noche llegaron al hotel. Los profesores les prohibieron salir después de cenar, puesto que era jueves y les dijeron que el viernes sí les dejarían. Los seis amigos se fueron a dormir, y el resto de alumnos también.

A las dos de la madrugada nuestros protagonistas seguían despiertos, se aburrían demasiado y estaban en Nueva York, ese no era plan. Todos coincidían en que debían irse a disfrutar de una noche sólo para ellos por esa gran ciudad. Alfred, Josué, David, Kevin, y Mike estaban decididos a marcharse, pero Sara no sabía qué hacer. Poco después acabó cediendo a la insistencia de su amigo Mike, ya que él prefería contar con su compañía.

A Kevin se le ocurrió la nefasta idea de ir al Bronx, uno de los barrios más peligrosos de Nueva York. Lo conocían de oídas por las películas y, claro, a todos les pareció una buena idea. Así que fueron hasta allí. Había demasiada gente; también había varios establecimientos y muchas discotecas. Entraron a una de

ellas y allí encontraron el ambiente que ellos querían, con buena música, con buenas personas...

Pero en aquel local no todo era bonito. Kevin, Mike, Alfred y Sara conocieron a unos amigos. Eran dos y ambos les ofrecieron algunos tipos de droga. Debido a la ocasión, y puesto que ellos pensaban que por una vez no pasaría nada, cedieron. Buscaron a David y Josué para que probaran lo que les habían dado. Encontraron a Josué, quien les dijo que David se había ido fuera, ya que estaba bajo los efectos del alcohol, y no se encontraba muy bien.

Cuando terminaron sus consumiciones, tanto de alcohol como de las sustancias que les habían ofrecido, Mike y Sara necesitaban que les diera un poco el aire. Se fueron solos a la calle. Sara, bajo los efectos de las drogas, no pudo evitar confesarle a Mike lo que sentía por él. Halagado y sintiendo prácticamente lo mismo, él se lanzó hacia ella. Ambos se sentían mejor que nunca.

A las seis de la mañana los seis amigos regresaron al hotel, y, cuál no sería su sorpresa cuando se enteraron de que sus compañeros y sus profesores, habían tenido que trasladarse de hotel debido a una invasión de termitas. Llegaron a la puerta del hotel y vieron que estaba todo precintado. No podían entrar.

Felices, por estar solos en Nueva York, pero decepcionados por haber perdido sus pertenencias, continuaron caminando sin rumbo alguno por las oscuras calles de la ciudad. Se acoplaron en una esquina, y allí los seis amigos durmieron.

A la mañana siguiente Alfred, Josué y David se levantaron primero y fueron a dar una vuelta para despejarse. Se encontraron con dos chicos y una chica con los que enseguida entablaron amistad. Fernando, Lucía y Andrés, que así se llamaban sus nuevos amigos y que, por suerte, eran españoles, los invitaron al piso que compartían en la ciudad. Fueron allí con idea de pasar el día con ellos, puesto que no tenían nada mejor que hacer, ya que no sabían nada del paradero de sus compañeros ni de sus profesores.

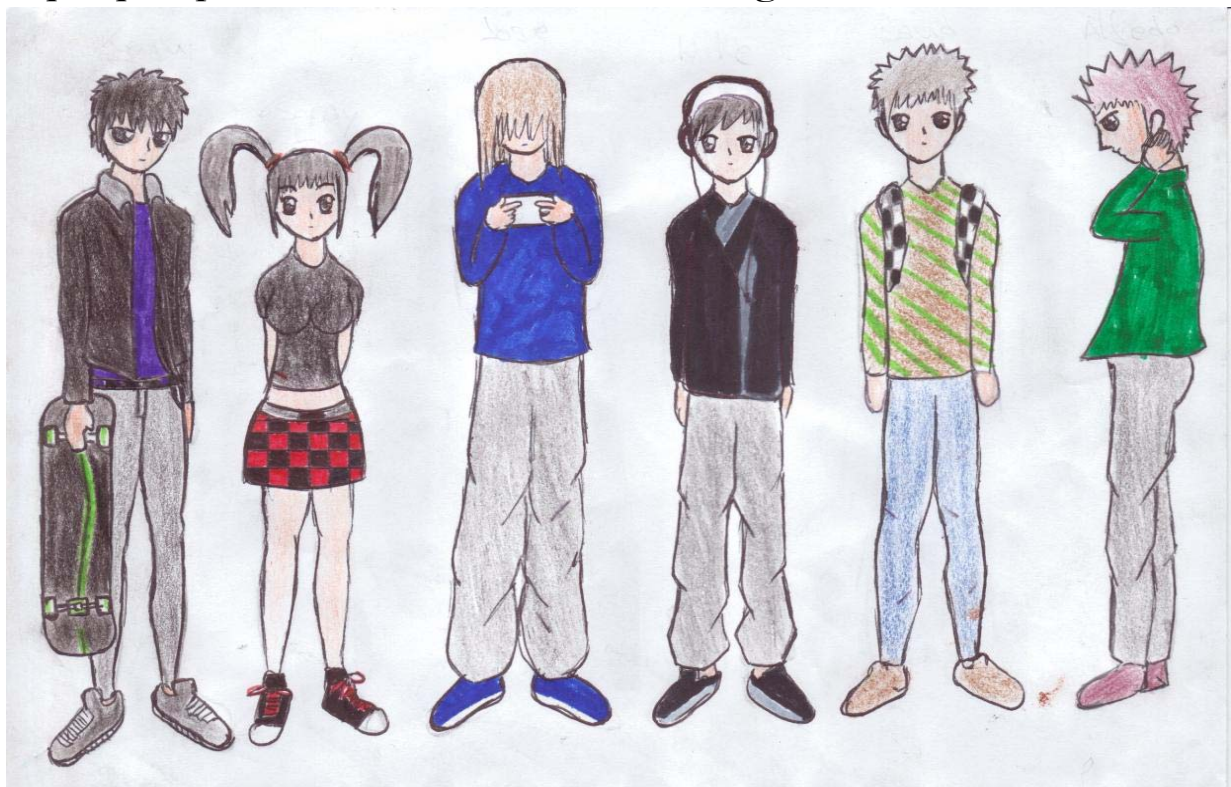
Fer les contó que él antes formaba parte de un grupo musical que al final se deshizo y les enseñó a todos los instrumentos que

tenía en el piso y que él mismo había comprado. Como nuestros amigos sabían tocarlos, pidieron permiso y Fer les dejó.

Sara cogió el bajo, le encantaba; había también dos guitarras, que eligieron Kevin y Josué; Alfred optó por una mesa de mezclas y David, por la batería. Mike también sabía tocar el bajo, pero tenía una buena voz y prefería cantar. La noche tuvo de todo, risas, locuras y algún que otro momento romántico entre Mike y Sara.

A la mañana siguiente, Fer, Lucía y Andrés les dieron una mala noticia a los seis amigos. No podían quedarse más tiempo con ellos. El casero les había advertido que no quería a tanta gente en el piso. Fer les regaló las dos guitarras, el bajo y la mesa de mezclas, ya que ellos sabían tocarlos y les darían un buen uso.

Se despidieron de ellos y, cargados con los instrumentos, se dirigieron hacia el metro. Iban sin dinero, sin nada, llevaban ropa limpia porque se la habían dado sus amigos.



En el metro se sentaron en un banco. Llevaban un montón de cables y alargaderas, amplificadores... Había una máquina de refrescos al lado del banco en el que estaban sentados. A David se le ocurrió la alocada idea de desenchufar la máquina y enchufar la alargadera con las guitarras y los amplificadores.

Sara tocó el bajo, Kevin y Josué empezaron a tocar las guitarras, David cogió dos palos que había por ahí, y golpeaba las papeleras que había, Alfred, empezó a tocar la mesa de mezclas y Mike cantaba. Aquello era una locura. Querían ganar dinero, pero eran las cuatro de la tarde y no pasaba mucha gente por allí.

Siguieron tocando, con tan buena suerte, que un hombre que pasaba por allí, se les acercó. El hombre, llamado Martin, les dijo que era dueño de una discográfica y estaba buscando nuevos sonidos, nueva música, algo joven y fresco, en definitiva, algo como ellos. ¡Eran lo que estaba buscando!

Mike se comunicó perfectamente con Martin, puesto que hablaba muy bien inglés. Aceptaron irse con él, pero no firmarían ningún contrato de momento, ya que todos ellos eran menores de edad. Fueron al piso de Martin. Todo aquello era fascinante. Los seis estaban sorprendidos, no se lo podían creer. Se sentaron en un enorme sofá de color rojo. El piso era enorme, tenía fabulosas vistas a la ciudad, comida, camas e instrumentos maravillosos. Era un sueño hecho realidad, era algo con lo que todo adolescente sueña, pero... se habían olvidado de todo, de sus profesores, de sus familiares, ni siquiera les habían llamado, aunque, claro, no llevaban sus móviles, todo estaba en el hotel.

Sólo Sara estaba preocupada, ya que pensó que era sábado y el viaje con el instituto terminaba el lunes. Le asaltaba el temor de que los demás estuvieran buscándoles y preocupados por no saber nada sobre su paradero. Pero los demás estaban a lo suyo. Josué miraba la tele, David y Kevin estaban en el balcón riéndose, Mike y Alfred comían sin parar... Martin les dijo que podrían vivir allí si aceptaban su oferta. ¡Era toda una tentación!

Empezaron a ensayar y Martin les dijo que tenían mucha calidad. Todos confesaron que ya habían tocado antes y que tenían conocimientos musicales.

Eso le gustó todavía más a Martin, quien les dijo que al día siguiente había, en una cafetería, una presentación de nuevos grupos de rock y metal, y que los iba a inscribir. Les dijo que sólo tendrían que cantar una canción y se la dio para que la ensayaran. Martin tenía fe en ellos y pensaba que podrían llegar muy lejos.

Estuvieron desde las seis de la tarde hasta las doce de la noche en un aula de ensayo que tenía la casa. Antes de irse a dormir, se quedaron en el salón cambiando impresiones. Ninguno de ellos creía lo que estaban viviendo. Estaban más unidos que nunca, todo era perfecto, o mejor dicho, casi todo.

Se fueron a dormir y, como siempre, Mike y Sara se quedaron juntos y siguieron hablando, pero esta vez sobre ellos. Ambos sentían demasiado aprecio el uno por el otro y no querían perderlo. A la mañana siguiente, les despertó el sonido del teléfono. Alfred contestó. Era Martín. Les decía que se vistieran y bajaran, pues iban a ir de compras.

Todos bajaron a la calle sorprendidos y entusiasmados. Martín les llevó a un montón de tiendas diferentes: camisetas, pantalones, cinturones, pulseras... Había de todo y podían comprarse lo que quisieran. Después, se dirigirían a casa de Martín. El concurso era esa noche y tenían que ensayar de nuevo. Nada podía salir mal.

Por fin llegó la noche. Los chicos estaban emocionados, ya que era el gran momento. Llegó la hora de salir a escena y ... ¡Al final salió todo bien!

Cuando miraron hacia el público, vieron a sus compañeros y a sus profesores. Todos estaban muy sorprendidos y decidieron contarles lo que les había pasado. Los chicos les relataron toda la historia, pero los profesores estaban muy disgustados con ellos y les echaron una buena bronca. Les dijeron que iban a llamar a sus padres y que ya se había acabado el viaje, que inmediatamente volverían todos a Madrid.

Pero Martín no estaba dispuesto a perder a este magnífico grupo y decidió hablar personalmente con los padres. Les dijo que allí serían muy famosos y que sería una oportunidad única que no volverían a encontrar. Él estaba dispuesto a pagarles el billete de ida y vuelta a los padres de todos ellos para que fueran a Nueva York y se reunieran todos en su casa para hablarlo detenidamente.

Y así lo hicieron. Dos días después estaban todos reunidos en casa de Martín. Él les explicó el potencial de sus hijos y

decidieron firmar el contrato. Como ninguno de los chicos era mayor de edad, tuvieron que hacerlo los padres.

Mushroomhead era el nombre del grupo y enseguida se pusieron a ensayar para dar los primeros conciertos. Mike estudió música y cantaba en el grupo; Sara, tocaba el bajo; Kevin y Josué, la guitarra; Alfred, la mesa de mezclas; y David, la batería. Entre todos componían las canciones, aunque a Sara y a Kevin se les daba mejor esta faceta.

Poco a poco, se dieron a conocer tocando en muchas cafeterías. Grabaron un disco, y estuvieron de gira por toda América. Tras dos años de éxitos, regresaron a España a hacer una gran gira. Todos estaban muy contentos de estar de nuevo en su país, y en una de las salas en las que actuaron estaban Fer, Lucía y Andrés. Los amigos les agradecieron mucho todo lo que habían hecho por ellos y les dedicaron una canción.

Ahora, al cabo de varios años, todo sigue igual y todos están muy felices con su música y con su grupo. Mike y Sara se lanzaron definitivamente y ahora son pareja. Los demás siguen tan locos como antes, sólo que ahora hacen lo que ellos querían. Han cumplido su sueño y tienen un grupo musical.

Autora: Saray Fernández Fernández
2º Curso de Secundaria

EL PROFESOR HENRY

En una gran ciudad al norte de Estados Unidos, vivía Henry, un profesor de Historia.

Todos los días, antes de salir de casa cogía su colgante, su maleta y se dirigía a la universidad en la que trabajaba, una pequeña universidad privada, pero de considerado prestigio. La enseñanza era su vocación y eso lo sabían sus alumnos,

pues en tan solo una hora que duraba la clase, los estudiantes aprendían de verdad.

Fuera de la universidad, Henry llevaba una vida sencilla, sin excesos, exceptuando las veinticinco condecoraciones que tenía colgadas en su salón; poseía, además, un coche rojizo y un perro de raza cruzada de unos quince “veranos”.

Un día le llegó una carta. Él la cogió cuidadosamente y puso una rara expresión en su cara, unos ojos que parecían salirse de las órbitas y el ceño fruncido, mostrando ese extraño tic que tenía en ocasiones de ansiedad y nerviosismo. Parecía que no recibía buenas noticias, ya que cayó desplomado de golpe en el sofá. Al instante se incorporó y siguió leyendo la carta:

“Si le ha llegado esta carta, profesor Henry, supongo que está en buenas manos. Hay un trabajo que le querría encomendar, ya que usted conoce el oficio. Si le interesa vaya al monasterio Yohas el jueves”

Firmado: M.A.

Él no quiso saber nada y guardó la carta en el último cajón del armario del salón.

Los días siguientes no fueron normales, Henry se encontraba demasiado nervioso. No paraba de pensar en la carta, quién podía ser el remitente y a qué clase de tarea se refería.

Pensó que tal vez podría tener relación con su profesión de otros tiempos: “buscador de maravillas”, un trabajo donde él fue muy reconocido y tuvo un gran prestigio y con el que vivía libre e intensamente sin presiones ni ataduras, pero con el que se creó incontables enemigos.

Esta carta le daba la oportunidad de volver a aquel trabajo.

Era miércoles y todavía faltaba un día para la cita. El tiempo pasaba lentamente, parecía que el reloj no se movía y de hecho, es que se le había parado. Después de clase había ido al museo, donde trabajaba un amigo suyo. Fue por alguna razón, de la que no sé mucho, solo que estaba

interesado en ver una estatuilla encontrada recientemente en una excavación llevada a cabo en la jungla “Jim Matow”.

Al llegar a casa, se detuvo en la puerta buscando las llaves y oyó ruido en el interior. Se quedó inmóvil, sin respirar. Muy sigilosamente abrió la puerta, aunque con ganas de ver lo que ocurría. Cuando entró, se encontró con la nevera abierta, todo por el suelo y su buen amigo perro, dándose un banquete con todo lo que encontraba a su paso. El profesor Henry tuvo que limpiarlo, reñirle al perro y ponerle un candado al frigorífico. Además, como consecuencia de esto, tuvo que salir a cenar fuera.

Él era un hombre elegante y de buen gusto cuando se lo proponía, así que fue a un restaurante, de no sé cuantas estrellas, y cenó excelentemente.

Cuando llegó a casa, se quitó su traje y se metió en la cama. No durmió en toda la noche, pero se quedó allí tumbado en el centro de la cama, inmóvil, mirando las manchas del techo de su cuarto y pensando en lo que ocurriría el jueves.

Al día siguiente se despertó sobresaltado. Creía que llegaba tarde a la cita, saltó rápidamente de la cama, se vistió, cogió su medallón, desayunó “por las orejas”, abrió la puerta para salir, pero se detuvo “ipso facto” preguntándose a sí mismo: ¿Voy o no voy? La carta decía que tenía la opción de elegir, ¿no?

Entonces fue directo al cajón del armario del salón donde había escondido la carta, pero no estaba. Buscándola, se dio cuenta de que estaba encima de la mesilla. La abrió y vio una nueva hora marcada y subrayada. De repente, le pasó por su cabeza, por unos segundos, la idea de que podrían haber entrado a su casa y montado ese desastre para disimular. Inmediatamente, sin pensarlo más, tomó la decisión de acudir al monasterio.

Tardó un poco en ir. Sabía que era tarde, pero entró, subió y subió escaleras hasta llegar al campanario, donde se suponía que iba a ser la cita.

Al entrar se quedó paralizado, inmóvil; como si fuese una corriente eléctrica le recorrió todo el cuerpo, desde los pies a la cabeza; después, se cayó hacia atrás.

Quién había enviado la carta resultó ser su hermana Johanna. Henry se quedó unos minutos sentado en el suelo. Parecía gracioso, pero ninguno de los dos abría la boca hasta que ella se echó a reír a carcajadas.

Por fin, Henry se levantó, se saludaron y se abrazaron. Entonces, Johanna paró de reír y le dijo que tenía algo muy serio que contarle:

- Tú trabajabas como buscador de maravillas, ¿verdad?- preguntó Johanne.

- Qué importa eso ahora. ¡Cuánto tiempo!- dijo el profesor Henry.

- Hermanito, esto es serio. Necesito ayuda y creo que tú puedes dármela- señaló su hermana.

- ¿Qué ocurre?- preguntó Henry.

- Es sobre mi colgante ¿Tú tienes el tuyo, no?- aclaró su hermana.



- Claro que sí. ¿Qué le ha ocurrido al tuyo? – preguntó Henry con mucha curiosidad.

- Me lo robaron los “Brody’s” hace dos años en la jungla “Jim Matow”, unos tipos que creen tener poderes sobrenaturales y están relacionados con los objetos

poderosos y místicos, por eso se llevaron mi medallón. Además, se están haciendo con la mayoría de los colgantes para potenciar su efecto y causar estragos en el mundo- explicó Johanna.

- Eso no se lo cree nadie. Y ahora dime, ¿por qué has venido?- preguntó Henry intrigado.

- Henry, ya está bien. ¿Me ayudarás o no?- dijo Johanna un poco molesta.

- Vale, de acuerdo. Es que todavía no doy crédito a lo que me estas contando. Para empezar podrías quedarte en mi casa por el momento, me sentiría más tranquilo- inquirió Henry.

El profesor se metió de lleno en la investigación. Buscó información sobre los “Brodys” y decidió volcarse en recuperar el medallón de su hermana.

Henry decidió ir a la jungla “Jim Matow”. Haría el viaje en avión hasta la ciudad más próxima y después se desplazaría hasta la jungla. El profesor no quería que su hermana lo acompañara por las dificultades y peligros que podían encontrar, pero Johanna insistió tanto que Henry no tuvo más remedio que dejarla ir con él.

El viaje en avión, aunque cómodo, iba a durar varias horas, por lo que cada uno buscó su entretenimiento favorito. Johanna se puso a hacer crucigramas de 20 x 20, era fascinante ver su dominio de las palabras; también le gustaban los puzzles, los juegos de lógica, en definitiva todo lo que mantuviese en vivo su mente. Además de ser inteligente, era muy guapa; tenía unos ojos preciosos de color verde claro, capaz de enamorar a cualquiera y su rostro amable, transmitía confianza.

Al bajar del avión, intentaron buscar un taxi, pero era prácticamente imposible, había demasiada gente; pronto cambiaron de idea y decidieron buscar un guía que le ofreciese la posibilidad de poder trasladarlos hasta la jungla. Lo encontraron, pero lamentablemente no pudo llevarlos hasta allí, solo hasta la mitad de camino; el resto tuvieron que hacerlo por sí mismos.

Cuando, por fin, lograron llegar, buscaron la entrada a la cueva que les conduciría a la excavación. La sorpresa fue la extraña puerta que había, casi imposible abrirla, que tenía

un mecanismo muy complicado. Tras un intento fallido de Henry, Johanne resolvió el problema, la puerta se abrió.

Entraron muy lentamente, dejaron sus mochilas en el suelo y encendieron unas antorchas; después sacaron todos los papeles y planos que llevaban sobre la estructura de la excavación.

Lograron alcanzar la zona más amplia donde encontraron toda clase de flechas, piedras, instrumentos con filo, pergaminos, hay quién diría que sería un plagio de Indiana Jones, aunque con algunas diferencias. La habitación era subterránea y se comunicaba con innumerables pasadizos. En ella se podían ver las maravillas más grandes del mundo, grandes estatuas, objetos, reliquias y tesoros.

Johanne paseaba su mirada por todo aquello hasta que sus ojos se detuvieron en un objeto en particular, su medallón, que se encontraba entre aquellos valiosísimos tesoros. Sin pensarlo dos veces, y aún sabiendo lo que podría ocurrirle, Johanne se abalanzó a por él. Al cogerlo y colgárselo, la cueva empezó a temblar pero sin desprenderse ni derrumbarse nada.

De repente, miles de bichos que tenían la rara apariencia de mosquitos se dirigían hacia ellos. Henry miró en todas direcciones y vio un pequeño cuarto donde podían refugiarse. Johanne, por su parte, había observado un jeroglífico grabado en una de aquellas paredes de piedra. Mientras permanecían en aquel refugio, Johanne no paraba de pensar en su significado. De pronto comprendió que solo había que ponerlos en orden para descifrar el enigma:

*“El poder se sumerge en el olvido, la vida muere,
lo vivido espera y los atravesados renacen”.*

- ¡Ya está! ¡Es el fin!- dijo Johanne.

De repente, el temblor se detuvo, los bichos desaparecieron y apareció una luz que provenía de las dos grandes estatuas.

- ¡Son los Nibelungos!- gritó Johanne

Aquellos seres fantásticos se aparecieron ante sus ojos y parecía que se multiplicaban. Habían venido a salvarlos y a liberarlos de los “Brodys”, una versión de ellos pero con objetivos malvados.

Los Nibelungos entregaron un anillo a cada hermano por su valentía al retar el poder de los “Brodys”, solo así el poder del bien se restablecería y los objetos mágicos y poderosos volverían a sus propietarios.

- ¿Cómo es posible que la suerte vaya de viaje hasta un lugar como éste?- se preguntaba Henry mirando el reloj, hasta entonces no se dio realmente cuenta de que se le había roto.

Tal vez la suerte no aparezca en los lugares donde vas a aparecer, sino en aquellos en los que no esperamos que la vida, con su apariencia divina, se esconda y le rezamos a Dios que se muestre.

Autor: Juan José Soriano Olivares
3º Curso de Secundaria

ÉSTA ES MI VIDA Y ÉSTE SOY YO

Me llamo Simón, tengo catorce años y hasta hace poco tiempo vivía en un pequeño barrio de Israel, en una casa desde la cual se veía el nítido cielo de mi país. Ese cielo que, cuando oscurece, parece que está cubierto por un gran manto negro, y en el que, al amanecer, se puede distinguir la redonda y deslumbrante silueta del sol madrugador tras aquellas montañas que custodian mi casa.

Mi casa estaba compuesta de dos pisos. La planta baja es donde trabajaba mi padre. Mi padre ... se llama Daniel. Es un

hombre tranquilo, alegre, astuto, de ojos castaños, con una gran frente y a quien el pelo le escasea en su redonda y pequeña cabeza y, aunque es un hombre menudo, es el mejor amigo, padre y profesor del mundo, ¡ah!, y la persona con el corazón más grande y bondadoso que jamás he conocido, ya que es incapaz de hacerle daño a un animal, y mucho menos a una persona.

Pero volvamos a la descripción de mi casa. Como decía antes la casa estaba formada por dos plantas, en la planta baja trabajaba mi padre, que era carpintero. Su taller tenía un portón de madera negra con un precioso picaporte dorado que le servía de entrada. Poseía todo tipo de herramientas para poder trabajar, la mayoría de las cuales estaban desparramadas por las mesas, ya que mi padre no era del todo ordenado, aunque sí muy puntual para entregar sus pedidos: objetos hechos de madera, todo tipo de barnices...

El taller, aunque luminoso, no era demasiado grande, pero nuestra economía no alcanzaba para instalarse en otro mayor, y como decía mi padre en numerosas ocasiones: ¡A falta de pan, buenas son tortas!

El piso de arriba era más grande que el taller de papá. Se accedía a él mediante unas diminutas e inclinadas escaleras, y allí estaba mi casa. Contaba con tres ventanales, protegidos por una bonita y elegante forja constituida por elementos decorativos vegetales y ondulados que daban a la calle del taller de papá. En las primeras horas de la mañana entraban por aquellas ventanas los primeros rayos de luz que acariciaban mi rostro cuando pasaba numerosas horas leyendo.

Mi habitación estaba al fondo de la casa. No era muy grande pero para mí bastaba. El mobiliario era sencillo: tenía una especie de taquillón en el que guardaba mis cuadernos de pintura, ya que lo que más me gustaba era dibujar, y un crucifijo encima de la cama, una cama muy bonita que me hizo mi padre cuando cumplí nueve años. Había, además, un estante con numerosos libros de lectura.

El cuarto de mi padre, que estaba enfrente del mío, y un gran salón, completaban la casa. En el salón había dos butacones con una mesita donde nos sentábamos los días de invierno papá y yo; aquellos días en los cuales no se podía salir de la casa porque el viento y el frío lo impedían, y una gran lámpara colgando del techo. Todo aquello era mi casa.

Bueno, se me olvidaba el huerto; un pequeño huerto situado en la parte trasera del taller. Yo era el encargado de cultivar y recoger las numerosas hortalizas que nos aportaban aquellas tierras y que nos permitían que en los días de invierno no tuviéramos que salir de casa.

Como todos los niños de mi edad yo iba a la escuela, pero hace poco tiempo la tuve que dejar para comenzar a trabajar en el taller de papá. Él me enseñó cómo se llamaban las herramientas y para qué servía cada una, así como las técnicas utilizadas en el oficio de la carpintería... Yo miraba impresionado y boquiabierto a mi padre, su maestría y su manejo del cincel.

Poco a poco fui aprendiendo el oficio y llegó el momento en que casi igualé a mi padre en el ámbito profesional, tanto que, cuando él se encontraba ausente, yo me hacía cargo del taller. Incluso hubo una temporada en el pasado invierno en que mi padre enfermó y me tuve que hacer cargo del negocio durante dos semanas enteras. Mi padre estuvo muy grave, pero gracias a las visitas diarias del doctor Martín, poco a poco se fue recuperando hasta que volvió al trabajo.

Yo no tenía demasiados amigos, pero tampoco podía permitirme jugar con ellos porque la carpintería atravesaba por un buen momento, y yo tenía que ayudarlo en el trabajo. Y tengo que decir que con todo ello, nuestra economía mejoró bastante.

Una tarde de invierno estábamos mi padre y yo en casa, sentados en nuestros butacones, leyendo y mirando cómo la calle se encontraba sumergida bajo un espeso manto de nieve. De repente, escuchamos un gran alboroto. Me levanté sobresaltado del butacón y me dirigí hacia la ventana para poder ver a qué se

debía tanto jaleo. Había muchas personas extrañas en la calle y pude ver cómo les pegaban a mis vecinos. Aquella gente llevaba un raro uniforme y en una de las mangas, destacaba un brazalete con una extraña cruz negra. Yo sabía que esa cruz tan particular la había visto antes en algún lugar. No recordaba dónde, pero estaba seguro de que la había visto.

Me quedé allí sentado en la ventana durante un largo rato, mientras que mi padre me observaba desde su butacón sonriendo, arrugando sus facciones y entornado sus pequeños y añejos ojos, y balanceando su libro entre sus curtidas y desgastadas manos, de las cuales habían salido multitud de verdaderas maravillas: esculturas para caserones, elegantes sillas, suntuosos muebles... Pero allí estaba él, aunque irremediabilmente afectado por el paso del tiempo.

Por más que pensaba y pensaba, no sabía quienes podían ser aquellas personas ni qué significado tenía aquella cruz, por lo que, aburrido, volví a sentarme junto a mi padre. Cogí el libro que antes había dejado encima de la mesita e intenté adentrarme de nuevo en su historia. Pero por más que intentaba y fingía leer -sobre todo, para que no se preocupase mi padre - no podía dejar de pensar en aquella horrible escena.

Rápidamente me vinieron a la cabeza mis años de colegio y recordé que yo había estudiado eso, aquella cruz y aquellas personas. Me dirigí apresurado al escritorio de mi habitación donde guardaba mis libros escolares. Cogí el de Historia - casualmente la asignatura que más odiaba - y aunque no sabía porqué, estaba bastante preocupado.

Abrí la gruesa portada, forrada en piel y al pasar las diez u once primeras páginas la vi. Sí, la vi, allí estaba la cruz que había divisado desde la ventana de casa. No recordaba bastante bien qué era ese emblema, por lo que decidí leer el texto que había al lado de la imagen. Eran nazis, sí nazis. Pegué un bote tan grande desde la cama donde me había recostado, que di gracias a Dios por no haberme dado un coscorrón en lo alto del techo.

Fui corriendo hacia donde seguía leyendo mi padre y vi cómo aquellos hombres se dirigían apresurados hacia la puerta de nuestra casa. Todavía antes de llegar, se toparon con un grupo de personas con las que también se “divirtieron”, lo que me dio cierta ventaja para enseñarle a mi padre lo que a mí verdaderamente me había despertado el miedo.

Cuando mi padre cogió el libro, y mientras leía lo que yo le indicaba, me di cuenta de algo en lo que no había reparado antes. En la misma página aparecía la fotografía de un señor, bueno más que un señor, un malvado tipo. Ese personaje era Adolf Hitler.

Un instante después, vi, como corrían hacia nuestra casa. Mientras intentaban derrumbar la puerta, mi padre y yo, que estábamos nerviosos y asustados, nos abrazamos pensando en lo peor. Rápidamente, se escuchó un gran estruendo y cómo un tropel de gente subía nuestras escaleras.

No tuvimos tiempo siquiera de darnos la vuelta. Un gran grupo de personas invadía nuestra intimidad sin ton ni son, y antes de poder decir esta boca es mía, nos estaban apuntando con sus armas. Vi como uno de los nazis daba un golpe a mi padre con su pistola dejándole una gran brecha en su arrugada frente, y en el suelo, un gran reguero de sangre corría entre mis diminutos pies.

A pesar de mis trece años, y como habría hecho cualquier hijo, yo intenté defender a mi padre, pero en el momento en que me abalancé sobre aquel asqueroso nazi, otro de ellos me dio una bofetada y me dejó tirado en el suelo. Cuando pude volverme

hacia mi izquierda, me encontré con una mirada turbia, de impotencia, de odio, la mirada resquebrajada de mi padre.



Lo que yo más admiraba de mi padre era su valentía y su firmeza. No se quejó en absoluto, ni siquiera cuando nos arrastraron a ambas escaleras abajo y allí, junto a otras muchas personas que se encontraban tiradas en la pequeña plaza que había frente a mi casa, nos siguieron pegando sin descanso.

Ya habría pasado al menos una hora cuando nos montaron a todos en una gran furgoneta. Yo estaba muy, pero que muy, asustado, y lo mismo ocurría con el resto de mis vecinos y, cuando la furgoneta arrancó, miré hacia mi casa y vi a un niño pequeño con su padre, los dos juntos, felices, sonrientes. Esos éramos papá y yo años atrás, y esto hizo brotar de mis grandes ojos unas diminutas y cristalinas lágrimas. Pero ahora tendríamos que ser valientes y comportarnos ante esas malvadas personas de forma correcta, para no provocar aún más su enfado.

El frío me hizo pensar en otras cosas como a qué lugar nos llevarían, qué harían con nosotros... Miré a mi alrededor dentro de la mugrienta y fría furgoneta y pude ver un grupo de personas malheridas. Entre aquellas personas estaba mi padre, con la mirada perdida, pero con la cabeza bien alta y poniendo al mal tiempo buena cara.

Los segundos parecían minutos y los minutos horas, por lo que decidí dormirme, adentrándome en un maravilloso sueño en el que veía a mi madre, -que murió cuando yo nací-, a mi padre y a mi, todos juntos. De repente, me desperté sobresaltado y pude observar cómo la furgoneta se iba deteniendo poco a poco.

Rápidamente apareció un nazi ante nosotros “invitándonos” a bajar del vehículo de una manera bastante agresiva. Cuando todos hubimos salido, nos condujeron hacia un lugar demasiado raro y que yo nunca había visto. Un lugar delimitado por una alambrada de más o menos diez metros de altura, en el que se encontraban personas con la cabeza rapada, que vestían un pantalón y una camisa de rayas. En sus rostros se podía leer una mezcla de melancolía, tristeza, soledad...

Al poco tiempo nosotros también formábamos parte de ese paisaje. Vestíamos el mismo pijama de rayas y nos habían

rapado la cabeza. Todos parecíamos prototipos. En aquel lugar malvivimos durante mucho tiempo, en la suciedad, en la pobreza y en la miseria; y sobre todo, sin ningún amigo. Pero yo daba gracias a Dios por tener a mi lado a mi padre. Cuando tenía tiempo libre, - lo cual ocurría muy pocas veces-, paseaba a lo largo de la alambrada viendo al otro lado un paisaje inhóspito. En uno de mis paseos pude leer un gran cartel que ponía: “Campo de concentración de Schansenhäusen (Alemania)”.

En muchas ocasiones había preguntado a mi padre qué era aquel lugar al que nos habían llevado, pero él prefería no decírmelo para no provocar mi inquietud. Sin embargo, mi profesor de Historia, en una de sus clases, sí nos había explicado que los campos de concentración eran lugares donde los nazis llevaban a judíos, gitanos, comunistas y demás personas no gratas para ellos, a las que fusilaban, les inyectaban inyecciones letales o les hacían trabajar para ellos.

Un día estaba paseando a lo largo de la alambrada cuando de repente vi un extraño objeto en el suelo. Intrigado, me apresuré a descubrir de qué se trataba. Cuando estuve cerca, descubrí que se trataba de un cuaderno y saqué mi mano del bolsillo para cogerlo. Rápidamente, y después de comprobar que nadie me observaba, lo escondí y pensé qué hacer con él.

Fue entonces cuando se me ocurrió que podría escribir una especie de diario sobre aquella inolvidable experiencia, pero no tenía nada con qué hacerlo. En seguida recordé que el día anterior había visto unos cuantos trozos de carbón, por lo que me dirigí hacia el lugar donde se encontraban con el fin de hacerme con algunos pedazos y al fin me puse manos a la obra.

14 de Marzo de 1942

Nunca pude pensar que existía un lugar como este en el mundo, ni que la raza humana podía ser tan cruel. Pues sí, todo ello lo tenía ante mis ojos. Desde el primer día que llegué a este infierno he observado como numerosos compañeros morían por diversas razones. Día tras día concentraba en mi interior la

suficiente energía para poder aguantar la situación que atravesábamos: dormíamos en el suelo como verdaderos perros y trabajábamos entre catorce y dieciséis horas al día, expuestos ante la mirada del sol y ante los fuertes vientos y el frío, un frío que atravesaba nuestros cuerpos como si de puntiagudos filos se tratara.

21 de Abril de 1942

Hoy me han separado de mi padre y no tengo noticias de él, incluso no sé si está vivo o no. Cuando le pregunté a uno de esos nazis sobre mi padre, no soltó ni una sola palabra y siguió caminando, pero me envalentoné e intercedí en su camino formulándole de nuevo la pregunta. Después de observar la mirada que me dirigió, deduje que si no le dejaba en paz sería capaz de matarme. Finalmente seguí con mi trabajo sin ninguna información.

7 de Mayo de 1942

Esta mañana estaba trabajando - como de costumbre-, cuando pude observar como Karl, uno de mis compañeros, estaba tendido en el suelo, mientras que uno de esos nazis le daba una soberana paliza. En aquel preciso momento se me erizó el bello de todo mi cuerpo y sentí una gran impotencia por no poder abofetear a aquel nazi hasta borrar de sus ojos aquella malévol y sucia mirada. ¡Putos nazis, nos manejan como marionetas!

17 de Junio de 1942

Desde hace mucho tiempo no sé nada de mi padre, pero ¡quién sabe!, tal vez algún día nos encontremos de nuevo y volvamos a pasar las tardes de invierno leyendo en nuestros butacones viendo cómo un gran manto de nieve cubre los ventanales de nuestra casa. De momento, aquí me encuentro escribiendo estas líneas que, realmente, no sé donde irán a parar.

Por increíble que parezca, ésta es mi vida y éste soy yo.

Autor: Bernardo Simón Férrez
4º Curso de Secundaria

